

LOS POETAS

VILLAE SPESA

SU MEJORES VERSOS



PROLOGO
DE
MANUEL MACHADO

En la calleja desierta
vibra el alma de un laúd...
El amor canta a tu puerta.
¡Sal a abrirle, Juventud!

LOS POETAS



4 agosto 1928

Año I. — Número 4



FRANCISCO VILLAESPESA

Nació en Laujar de Andarax (Almería) el día 14 de octubre de 1879

... Villaespesa ha sido y será por mucho tiempo el poeta de un momento de nuestro vivir de agitaciones y de tristezas, habiéndole bastado cantar las amarguras de su propio corazón de hombre, para sintetizar los anhelos de una raza en su empeño de dignificadora actividad.

JUAN MÁS Y PÍ

17as.

R. 70.115

DA-2-39



1
AC
39

LOS POETAS

Francisco Villaespesa
 SUS MEJORES VERSOS

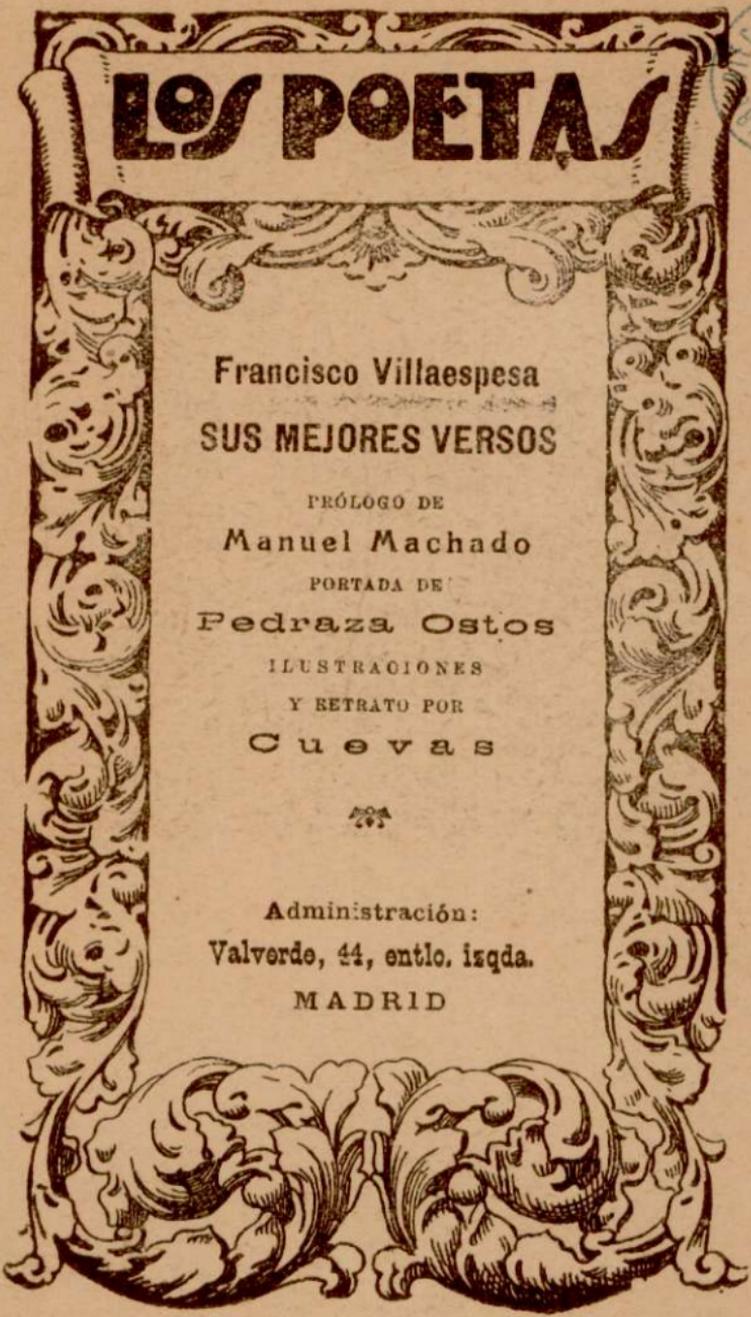
PRÓLOGO DE
 Manuel Machado

PORTADA DE
 Pedraza Ostos

ILUSTRACIONES
 Y RETRATO POR
 Cuevas

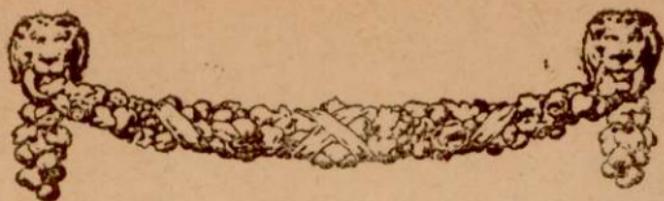


Administración:
 Valverde, 44, entlo. izqda.
 MADRID



IMP. DE SORDOMUDOS

CASTELLANA, NÚM. 71



*A Francisco Villaespesa,
gran poeta siempre*

PRÓLOGO - INSIGNIA

*Francisco Villaespesa, compañero,
a mar, a viento y luz osado un día...
En la flota gentil de la Poesía,
conmigo capitán y marinero.*

*Fija la vista en el polar lucero,
de mar y viento y luz en la armonía
tu nave surca aún, mientras la mía
volvió cansada del afán primero.*

*¿Qué oro a tus piedras, qué, a tus lienzos, marco,
tallaré dignos, Villaespesa, a hora
de sombras tibias y de paz discreta?...*

*Orión será para tu barco
este dictado, en la invencible prora,
grato a la luz, al viento, al mar: «¡Poeta!»*

Rosario de la Cruz



Carmen

I

Entre los encajes de alguna mantilla
contemplé en las sombras brillar tu mirada,
no sé si en un viejo patio de Sevilla
o en algún florido carmen de Granada.
Quizás fué soñando, mientras embriagada
el alma de coplas y de manzanilla,
junto a la guitarra se durmió, arrullada
por las vivas notas de una seguidilla.
Sólo sé que bajo refulgentes cielos,
al pie de tus rejas mataron mis celos;
que por ti a los campos me lancé sin pena
y sangrientos crímenes cometió mi horda,
y hasta los jarales de Sierra Morena
te robé en la grupa de mi jaca torda.

II

Mi pena intento reprimir en vano,
al pensar que esta carta tan sincera,
donde en lágrimas va la vida entera,
abrir no podrá ya tu helada mano.

Acaso en esta hora en que te escribo
habrás partido, Amor... ¡Oh, yo, si espero,
si de pensarlo de dolor no muero,
es porque vives tú cuando aún yo vivo!

Aguarda... No es la hora de partida...
Sola te asustarás... Vas a perderte
por caminos sin fin, desconocidos...

Ya que todo nos lanza de la vida,
queda un refugio eterno: el de la muerte...
¡Pero vayamos a buscarlo unidos!

III

Recordando este amor sin esperanza,
del que mi loco corazón delira,
amor que tiende el brazo y no te alcanza
y abre los ojos y jamás te mira,
recuerdo del viajero la agonía,
muerto de sed a orillas de una fuente,
cuando ya casi el labio humedecía
en el claro frescor de la corriente.

¡Oh visión adorada y máldecida,
que dando muerte a un tiempo me das vida!
Al par que mi vergüenza, eres mi orgullo.

Y cual mi sombra, esta pasión que abrigo
me persigue tenaz, cuando la huyo,
y huye de mí, si loco la persigo...

IV

Jamás mis ojos volverán a verte.
Ellos lo saben y por eso lloran,
y al cielo, abiertos de terror, imploran
un poco de piedad para mi suerte.

¡Se pudieron cerrar sin conocerte!...
Mas hoy que tus miradas atesoran,
saudades de los tuyos les devoran
y temen la ceguera de la muerte.

¡Oh, mirarse en tus ojos reflejados,
intensamente, hasta quedar cerrados,
en su constante aspiración ardiente!...

Mas antes que sus párpados se bajen,
aprisionar, al expirar, tu imagen
para soñar contigo eternamente.

V

Como un corcel que al borde del abismo,
insensible a los golpes de la espuela,
se encabrita y a hundirse se rebela,
así lucha tu amor conmigo mismo.

Y por más que la espuela hundo en la herida,
a saltar el abismo no se atreve...

Se para de repente, y no se mueve,
cual si salvar quisiera nuestra vida...

El alma tiembla entre tu mano ingrata...

No sé qué tiene este cariño eterno...

Me da la vida y a la par me mata...

Y por algún capricho de la suerte
a un tiempo es para mí gloria e infierno...

¡Ni me deja vivir ni me da muerte!

VI

Pupila amante que a mirar alcanza
la pesadumbre del hogar desierto,
¡mucho más triste que llorar a un muerto
es llorar un amor sin esperanza!

¡Tened piedad de mí, negros dolores!
Es mayor mi pesar que vuestra pena...
¡Si a vivir sin amor ella os condena,
yo también vivo, amando, sin amores!

La muerte misma os brindará consuelo
y vuestro amor renacerá en el cielo...
Mi destino fatal es aún más triste;
pues si esta vida atravesé llorando,
en la otra vida, si otra vida existe,
también por ella viviré penando.

VII

Si tu insensible corazón supiera
la oculta pena que devora al mío,
este dolor tan hosco y tan sombrío,
que nada pide porque nada espera,
espantada tu faz palideciera,
y maldiciendo tu mortal desvío,
tus lágrimas serían como un río
capaz de fecundar la vida entera.

Para evitarte, Amor, remordimientos,
disfrazo con sonrisas mis tormentos,
cuando a tus plantas trémulo me postro,
lo mismo que la enferma pecadora
que sus mejillas con carmín colora
para ocultar la palidez del rostro.

VIII

Entre muros de encaje, mirando pensativa
el alba en los jardines de la Alhambra desierta,
más que una forma humana, enamorada y viva,
parecerás la sombra de alguna novia muerta.

¡Yo te sueño en la Alhambra! De blanco, silenciosa,
vagando como un rayo de luna entre las flores...

A tu paso la brisa será más olorosa
y cantarán, al verte, mejor los ruseñores.

¡Yo te sueño en la Alhambra! Solos en los jardines,
embriagada en mis brazos de luna y de jazmines,
tus ojos en mis ojos, riendo dulcemente...

Y así, en la penumbra misteriosa e incierta,
mientras se apaga el gárrulo suspirar de la fuente,
besar tu rostro pálido hasta dejarte muerta.

IX

¡Tu carta es como una miserable emboscada!
Es como si de noche, al volver un camino,
por la espalda, en la sombra, nos diera un asesino,
de pronto, una cobarde y mortal puñalada...

¡Tu carta es más traidora! Es mayor tu delito...
¡Que vale una esperanza mucho más que una vida!...

¡Oh, si arrojase sangre el alma por la herida,
tinta en sangre verías la mano que la ha escrito!

¿Qué mal mi amor te ha hecho para que así le hieras?
De mi dolor tendrían piedad hasta las fieras...

No temes que en la noche, para turbar tu calma,
apoyando en la herida la descarnada mano,

venga el ensangrentado cadáver de mi alma
y te pregunte: Hermana, ¿qué has hecho de tu hermano?

X

Ya cada gesto nuestro es una mueca loca
de un payaso que intenta divertir a la gente,
mientras que tras la máscara enharinada siente
escapársele el alma, en risas, por la boca.

Ya mis ojos no encuentran en tu amor un secreto,
y así, cual tras tu gasa presiento tu hermosura,
cuando a mi cuello, trémula, te abrazas con locura,
parece que en mis brazos estrecho un esqueleto.

Esta pasión que ahora nos estremece, encierra
el hambre del gusano y la sed de la tierra...
Nuestro lecho de bodas es un sepulcro abierto,
y cuando se confunden nuestros labios, besamos
solamente la boca desdentada del muerto
que dentro de nosotros enterrado llevamos.

XI

¿Qué harás en esta hora? ¿Qué harás mientras me-
estos versos extraños donde, loco, quisiera [dito
decirte lo que nunca decirme a mí supiera,
y escribirte sin fórmulas lo que jamás se ha escrito?

Nuestras almas y nuestros corazones hermanos,
¿sentirán estas mismas y adorables torturas?
Y en tanto que mi mano te escribe estas locuras,
¿qué mirarán tus ojos?, ¿qué tocarán tus manos?

¡Quizás estos deseos, estas ansias ardientes
de agotar en tus brazos mi infinita ternura,
desgarrar hasta el fondo de tus entrañas sientes!...

¡Tal vez, pálida y trémula, mi eterno amor evocas,
y abrasa nuestro cuerpo la misma calentura,
y estalla el mismo beso de amor en nuestras bocas!

XII

¡Envejecer hasta morir me siento
 en la sima sin fondo de tu olvido,
 y en pleno abril, parece que he vivido
 toda una eternidad de sufrimiento!

Y es tan hosco y tan duro mi tormento,
 que extraño al ver lo mucho que he sufrido,
 cómo mi corazón guarda un latido
 y por mi frente cruza un pensamiento!

Ya mis ojos no ven una esperanza;
 soy un ciego perdido en el desierto
 que entre las sombras, tateando, avanza...

¡La misma tierra me rechaza esquivando,
 y sólo sabe el alma que no he muerto
 porque dentro de mí te siente viva!

XIII

¡Tú también me abandonas! También tu amor me
 ensangrentado y solo, subiendo mi calvario... [deja
 No hay nadie que me abra su hogar hospitalario
 y hasta mi propia sombra de mi dolor se aleja.

Con el madero al hombro seguiré este sendero
 que entre abismos se pierde sin rumbo conocido,
 y solo y olvidado, lo mismo que he vivido,
 morir en el anónimo de un hospital espero.

Me seguirá el destino cruel hasta la muerte!
 Desgarrarán feroces manos mi cuerpo inerte,
 lo mismo que tu olvido mi vida ha desgarrado...

Pasaré como tantos, sin que mi suerte asombre,
 a hundirme en el osario común, abandonado,
 sin dejar ni una lápida que recuerde mi nombre!

XIV

Sobre la tierra gris de los caminos
va cayendo la noche silenciosa,
esfumando en sus sombras la borrosa
silueta de los lentos peregrinos...

Resuenan en las selvas solitarias
donde aromas de amor vierten los vientos,
el chascar de sus pasos somnolientos
y el místico rumor de sus plegarias.

¿Dónde van esos pálidos hermanos?
Los cirios tiemblan en sus mustias manos,
y turban sus litúrgicos clamores

la augusta calma de la noche quieta:
— «Van a enterrar el alma de un poeta
que esta mañana se murió de amores...»

La canción de las hojas

Mi alma dolorida
para siempre olvida
tristezas y amores
que le atormentaron...

¡Otoñales flores
que se deshojaron!

Sueños sin fortuna,
embriaguez que mata...

Blanca serenata
perdida en la luna...

¡Oh palabras locas
que me consolaron!...

¿Dónde están las bocas
que las pronunciaron?

Mirada traidora...
Ojos inconstantes,
¿en qué ojos amantes
os miráis ahora!

Éxtasis lejanos...
Manos de otros días,
hoy, entre qué manos
recordáis las mías?

¡Alma desolada,
perderte, cansada,
en la húmeda angustia
de otoño te siento,
como una hoja mustia
que vuela en el viento!

Tristes caminantes
que cruzáis errantes,
llenos de congojas,
las sendas desiertas...
¡No pisad las hojas,
que son almas muertas!

Serenata a la juventud

En la calleja desierta
vibra el alma de un laúd...
El amor llama a tu puerta...
¡Sal a abrirle, Juventud!
¡No estudies más, estudiante!
Cierra el libro en que aprendiste,
bajo esa lámpara amante,
a ver la vida tan triste.

Sobre un infolio encorvado
el viejo Fausto medita,

y en su lecho inmaculado
sueña con él Margarita!

La sien de esa calavera,
que en tus horas angustiosas
de estudio, te desespera,
corona de frescas rosas...

Y así, de rosas ceñida,
verás cómo se convierte
en un símbolo de vida
el emblema de la muerte.

No entones más tus plegarias
ante el Cristo solitario...

¡Ya no brotan pasionarias
en las cumbres del Calvario!

Arcángeles y campanas
cantan la Resurrección...

¡Oye esas voces lejanas
dentro de tu corazón!

¡Los sueños que te engañaron,
olvida!... ¡Vuelve a soñar,
que los labios que besaron
sabrán de nuevo besar!

¡Sal a abrir al Prometido,
toda trémula de amor,
sin más velos que el tejido
de rosas de tu pudor!

En la calleja desierta
vibra el alma de un laúd...
El amor canta a tu puerta...
¡Sal a abrirle, Juventud!

El barrio de Triana

El calañés alternas con el turbante
 porque a la par te sientes moro y cristiano;
 español de abolengo, por lo constante,
 y celoso lo mismo que un africano.

Florido de claveles, de sol radiante,
 eres para Sevilla, barrio gitano,
 lo que son las pupilas para el semblante
 y los cinco deditos para la mano.

Palomita de nieve, si ardes de amores,
 al barrio de Triana dirige el vuelo,
 párate en cualquier reja llena de flores,
 que a ese barrio en mujeres nadie le gana;
 las Vírgenes más bellas que hay en el cielo,
Santa Justa y Rufina, son de Triana.

La canción del recuerdo

Igual que en un sepulcro me he encerrado
 en tu eterno recuerdo, y en él vivo,
 la frente entre las manos, pensativo,
 evocando las glorias del pasado.

¿Será posible que un amor tan fuerte
 se haya para mi amor desvanecido?

¡El amor es más fuerte que la Muerte
 y la Muerte más fuerte que el Olvido!

Largas horas de espera... Eternidades
 que llenan de ansiedad mis soledades...

Sólo y soñando con tu amor me tienes;
 sólo y soñando con tu vuelta muero...

Si nunca has de venir, ¿por qué te espero?
 y si te espero aún, ¿por qué no vienes?

Elegía de la juventud

Sacar en hombros por mi puerta
miré ayer tarde un ataúd,
donde entre flores iba muerta
mi juventud.

Perdida toda fuerza física,
la vi en mis brazos expirar,
como una pobre novia tísica
de tanto amar!

Sobre su cuerpo, las postreras
rosas de otoño deshojé,
y entre recuerdos y quimeras
la amortajé!

Para no ver su rostro amado
tendí un pañuelo por su faz,
y exclamé, en lágrimas bañado,
—¡Descansa en paz!

Lenta la lluvia descendía...
La golondrina iba a partir...
Y hasta la brisa parecía
entre los árboles gemir.

Cármenes viejos de Granada,
en su crepúsculo otoñal
vieron perderse en la enramada
su funeral.

Almas sedientas de ideales
que tanto amó mi juventud...
¡Deshojad rosas otoñales
en su ataúd!

Y tú, incansable peregrino,
que el mundo cruzas sin cesar,

¡si ves su entierro en tu camino,
ponte a rezar!
Sacar en hombros por mi puerta
miré ayer tarde un ataúd,
¡donde entre flores iba muerta
mi juventud!

Ritornelas

I

¡Yo era un niño, yo era un niño,
y cuánto yo te quería!
El dolor de mi cariño
era mi sola alegría.

Siempre en el alma la idea
de ser contigo sincero:

—«¡Mañana, como la vea,
le diré cuánto la quiero!...»

Y cuando a ti me acercaba,
te miraba, te miraba,
y a hablarte no me atrevía
de aquel tímido cariño...

¡Yo era un niño, yo era un niño,
y cuánto yo te quería!

II

¡Volver otra vez a veros
desde lejos, sin turbaros,
ojos azules y claros
de mis amores primeros!

VILLAESPESA

¡Oh Margarita, hilandera
de mis ensueños lejanos,
ya no jugarán mis manos
con tu blonda cabellera!

¿Quién eras? ¿Adónde fuiste,
único amor rubio y triste...
de mi niñez sin amores?...

¡Volver de nuevo a miraros,
desde lejos y entre flores,
ojos azules y claros!

III

La Virgen de los Dolores
vió mis lágrimas primeras.
Yo le regalaba flores
para que tú me quisieras.

Estabas en el convento,
y yo sus muros rondaba,
por ti preguntando al viento
que tu aliento respiraba.

Y soñaba mi deseo
con la escala de Romeo,
bajo la clara fragancia
de primavera! aurora...
¡Oh ruiseñor de mi infancia!
¿En dónde cantas ahora?

IV

¡Oh pobre amor! ¿Dónde has ido?
Esta mañana, en mi huerto,
entre rosas, junto al nido,
encontré un ruiseñor muerto.

Vendrán otros ruiñeños
mi primavera a alegrar,
pero aquel muerto entre flores
jamás volverá a cantar.

¡Corazón, corazón mío,
muere de angustia y de frío
con tu recuerdo de amor!

Calla; suspende el aliento...
Un canto tiembla en el viento:
—¡Pero no es mi ruiñeño!

V

¡Entre las gentes me veo
siempre a solas con mi llanto,
igual que el *patito feo*
que Andersen amaba tanto!

Como nadie me quería,
cifré en ti mi único empeño,
¡oh rubia primita mía,
blanca y frágil como un sueño!

De mi pasión te reíste...
¡Y de nuevo quedé triste,
a solas con mi deseo,
siempre ocultando mi llanto,
igual que el *patito feo*
que Andersen amaba tanto!

VI

No quiero verla a mi lado
de nuevo, pues si la viese,
acaso ya no tuviese
aquel encanto pasado.

VILLAESPESA

Su imagen tiene el misterio
y el amor de aquella hermana
que en una tarde lejana
llevaron al cementerio.

¡Oh el recuerdo!... En la distancia
es más dulce su fragancia...

Pasó, y me dejó su huella,
y verla otra vez no quiero...

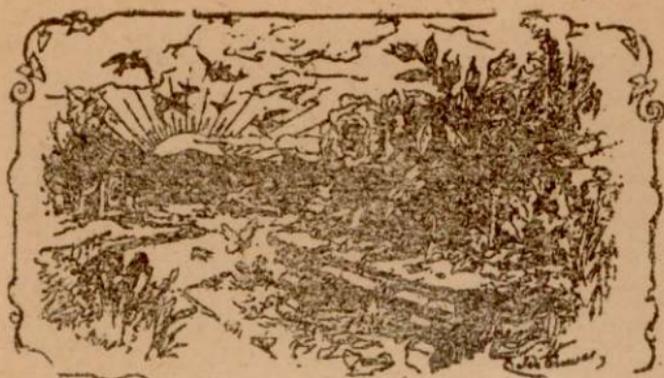
¡Ya no soy yo, ni ella aquella
visión de mi amor primero!

La leyenda de los lirios

Entre todas las flores
de tu jardín, cerrado
a la hendida pezuña de los cerdos
y a las brutales manos,
cuida con más esmero
los tristes lirios cárdenos.

Nos recuerdan la túnica y la pálida
faz del Crucificado,
en el hombro el madero,
de espinas coronado,
subiendo lentamente
las cumbres del Calvario.

Esos lirios, amada,
entonces eran blancos...
Mas los regó su sangre,
los fecundó su llanto,
y rojos desde entonces se volvieron
y tristes desde entonces se quedaron!



Melancolías de otoño

I

Otoño melancólico nos cita
a escuchar de la fuente el ritornelo.
Un rosal sobre un banco se marchita
y una nube deshójase en el cielo.

Crujen bajo los pies las secas hojas,
y los árboles son oro que arde
entre las llamas trémulas y rojas
de la remota hoguera de la tarde.

Mi corazón presiente la amargura
de una pena recóndita y futura
al escuchar los tristes ritornelos
de la fuente que tiembla entre neblinas,
mientras tus sueños huyen por los cielos
en una dispersión de golondrinas.

II

Las nubes al pasar, lentas arrojan
sombras sobre el verdor de las umbrías...

VILLAESPESA

A las húmedas brisas se deshojan
los rosales de tus melancolías.

Entre el vapor de lágrimas del lago
agoniza la luz, como un suspiro,
y diluyen los cielos en un vago
verdor sus transparencias de zafiro.

Anhela el corazón algún reposo,
y nuestra boca, amarga de tristeza,
besar los labios de un recuerdo quiere...

¡Sentarnos en un banco muy musgoso,
e inclinar en las manos la cabeza
para llorar por algo que se muere!

III

Mientras muere la tarde se oye al viento
entre las ramas lúgubres quejarse
como el adiós desesperado y lento
de dos que no quisieran separarse.

La brisa en un suspiro se dilata...
La vida entera es un inmenso lloro...

Llora la tarde lágrimas de plata
y vierte el bosque lágrimas de oro.

Un húmedo dolor el parque llena...
Nos habla de la muerte una campana,
y a tus plantas marchítase un retoño,
mientras, ceñida al cuello de mi pena,
oigo gemir a tu tristeza, hermana
de este vago crepúsculo de otoño.

IV

Rasgando el gris difuso de la lluvia,
su plegaria de azul al cielo eleva

SUS MEJORES VERSOS

tu despeinada cabecita rubia...

Llueve en tus ojos y en tu alma nieva.

Tu silueta beatífica destaca
su inmaterialidad fuera del mundo,
y hay en tu acento esa dulzura opaca
que idealiza la voz del moribundo.

Cuando triste sonríes en tu encierro,
de luto nuestro espíritu se viste
como para asistir a algún entierro,
y anhelos de rezar el labio siente,
pues tienes ese encanto dulce y triste
de lo que muere prematuramente.

V

Tu larga cabellera luminosa
que el sol espolvorea de reflejos,
tiene la aristocracia prestigiosa
de los tisús y los damascos viejos.

Y tus manos, que juntas palidecen
bajo la luna, ostentan el encanto
de esos lirios de nieve que florecen
entre el pulgar y el índice de un santo.

Tienes la altiva aristocracia de esas
orgullosas y pálidas princesas
que digno de su amor no encuentran nada,
y antes de profanar su casamiento
deshojan su belleza inmaculada
en las oscuras celdas de un convento.

VI

Pasó por tus pupilas como un vuelo
de aves que emigran y sentiste sola,

bajo el fastidio fúlgido del cielo,
la atracción fascinante de la ola.

El mar ante tus plantas parecía
llamarte con sus trémulos suspiros,
y a tu eterna tristeza le ofrecía
su lecho de corales y zafiros.

Cerraste al porvenir los ojos bellos,
y te lanzaste sobre la onda fría
que alzó en tu honor un cántico sonoro.

Y al flotar, distendidos, tus cabellos,
semejaron un sol que se ponía
llenando el mar de círculos de oro.

VII

Tu perfil se destaca sobre el fondo
de todas las tristezas de la vida,
con la altivez huraña y dolorida
de los que piensan alto y sienten hondo.

Ya ni llorar tu corazón espera.
De tu llanto secáronse las fuentes,
y estás, mi amor, tan muerta, que no sientes
caer sobre tus párpados la cera.

Tienen tus rubios rizos ese incierto
oro apagado del cabello muerto,
y tus pupilas la angustiosa calma
de una ventana gótica y vacía,
¡y es tu alma tan triste, que podría
ser la hermana gemela de mi alma!

Los ojos muertos

El estanque desolado
 en mitad de la llanura
 copia el cielo en sus pupilas
 de aguas turbias.
 Un cielo sucio de barro
 que nos pesa y nos angustia,
 como si fuese la losa
 de una tumba.
 Una voz murmura: — ¿Cuándo?
 y otra voz responde: — ¡Nunca!
 y las dos voces se extinguen
 en la bruma.
 Entre juncos, reflejando
 las negras nubes que cruzan,
 es como el ojo de un muerto
 la laguna.

Horas grises

Horas grises... ¡Oh manos
 pálidas de las tísicas,
 manos idealizadas,
 manos de sensitivas,
 que en estas horas lentas,
 sin sol y sin caricias,
 sobre algún seno inmóvil
 os cruzáis ateridas!
 Horas grises... ¡Oh enfermas
 y apagadas pupilas,

que a través de los vidrios
 de los asilos, miran
 con pavor a la sombra
 que tenue se desliza
 por los balcones, como
 la Muerte por la Vida!...
 Horas grises... Sangrientas
 horas de los suicidas,
 del amor y del crimen
 y de las agonías!...
 Horas grises... ¡Oh amada,
 mi pobre amada tísica,
 esas serán tus horas,
 porque esas son las mías!

En el templo del vicio

I

La jaula del canario limpia Flora,
 Sara sobre un sofá yace tendida,
 dejando ver su carne pecadora
 a través de la bata descosida.

Conchita peina a Elena. La señora,
 con su mano enjoyada y presumida
 acaricia a una gran gata de Angora
 en su falda de raso adormecida.

Cose Amelia, a la luz de la ventana.
 Los compases de un tango marca Juana
 que Luz sobre la mesa golpetea,
 mientras, llevando un cubo, la Felisa,
 desgreñado el cabello y en camisa,
 por el largo pasillo chancletea.

II

Un lecho y un lavabo; cuatro sillas...
 El quinqué de petróleo se consume,
 y atufa el aire un híbrido perfume
 de opóponas, jabones y colillas.

Tú te vas desnudando, no por vicio,
 sino con esa indiferencia muda
 de la que sabe que quedar desnuda
 a los ojos de todos es su oficio.

Yo, acallando mis ansias sensuales,
 pienso—puesta la sien sobre la mano—
 con cierto dejo de melancolía,

en esas planchas de los hospitales
 donde el alumno sobre el cuerpo humano
 practica su lección de Anatomía...

III

A pesar de su risa y su alegría,
 de su bondad y de su eterno agrado,
 tienen sus ojos la melancolía
 de un temeroso pájaro enjaulado.

Es la cigarra loca del encierro.
 Como una niña canta, ríe y juega,
 con esa dócil sumisión del perro
 que va a lamer la mano que le pega.

Al beso y al placer su labio incita.
 Mas al quedarse sola, sollozante
 se agita de dolor desesperada...

¿Qué habrá sido de aquella viejecita
 que dejó, al escaparse con su amante,
 en su lecho de enferma abandonada?...

IV

Sara es viciosa. Su pupila oscura
de incitantes promesas es venero...
Bebe como un tudesco, y fuma y jura
con el canalla argot de un marinero.

Su placer es violento. Besa, muerde
y grita, y al final de la batalla,
muere su voz y hasta la vista pierde
y en nerviosos ataques se desmaya.

¡Oh, jilguero embriagado de alegría,
nadie te vió llorar!... Tan sólo un día
furtivo llanto se asomó a tus ojos
y tu mirada se perdió en el cielo,
viendo dos hilos de tu sangre rojos
temblando en la blancura de un pañuelo!...

V

Se llama Flora, Margarita, Elena...
La verdad no la sabe ningún hombre,
que al entrar al burdel, casi sin pena,
quiso en sus puertas olvidar su nombre.

Entre las otras se destaca fino
su perfil melancólico, oro y nieve...
No fuma nunca, y raras veces bebe,
porque dice que tiene muy mal vino.

Pero hay momentos en que ríe loca,
mientras el llanto tiembla en sus pestañas,
y entonces una copa no rehusa...

Un recuerdo asfixiante la sofoca...
¿Qué será de la flor de sus entrañas
arrojada en el torno de la Inclusa?...



VI

Al sacrificio del amor me apremia
tu charla; obscenidad y picardía,
con su sal y pimienta de poesía,
mezcla de lupanar y de bohemia.

Siguiendo el ritmo de tu cigarrillo,
lanzas a media voz esas canciones
que rasga por la tarde el organillo
bajo el pequeño abril de tus balcones!

De súbito te calas mi sombrero,
y el impudor de un tango callejero
en tu lasciva ondulación revelas...

¡Cómo tiemblan tus senos y tus flancos
a los compases de las castañuelas!...
Y ¡qué negros tus ojos... y qué blancos!

VII

—¡Déjame!— suspiraste protestando
de mis locos y lúbricos derroches,
y de tus ojos en las negras noches
dos lágrimas de amor miré temblando...

¡Qué bella estabas de pudor llorando!...
Y mi mano, sin miedo a tus reproches,
rasgando cintas y rompiendo broches,
prosiguió tus tesoros buceando!

Y con mis dedos, ágiles y diestros
en estos juegos del amor maestros,
por la impaciencia del placer guiados,
mientras palideciste estremecida
conmoví tus más íntimos teclados
con la canción más dulce de la vida.

VIII

Bajo el ardor de los estivos oros
del cenit, por las mieses amarillas
bramaba, persiguiendo a las novillas,
la encelada lujuria de los toros.

Dormida estaba en el frescor del heno,
bajo la sombra de pomposa parra,
cuando para cantar, una cigarra
buscó un refugio en su desnudo seno.

Por la túnica abierta se veía
la carne palpar... Mi sangre ardía...
Un sátiro zumbón, la roja furia
de su semblante erótico asomaba
entre el ramaje, y fijo te miraba
rechinando los dientes de lujuria.

IX

Mi mano experta desfloró el encanto
de tus virginidades de novicia,
y en la nocturna soledad propicia
tu voz era un sollozo ahogado en llanto.

Por fin, mis labios suplicaron tanto
que te entregaste... Un beso... Una caricia...
Y avergonzada de nuestra impudicia,
la sombra de la noche se hizo manto.

Se poseyeron en un centelleo
fugitivo de luz nuestras miradas,
y nuestros brazos fueron en la furia
desbordante de savias del deseo,
dos diedras confundidas y enlazadas
al árbol inmortal de la Lujuria!

X

La sabia mano a cuyo tacto ardiente
vibra la carne como un instrumento,
prolongó la agonía del momento
en una languidez intermitente...

¡Oh, el cálido contacto de tu frente!
¡Oh, tu dorso desnudo y opulento
echado sobre mí, como un sediento
sobre la superficie de una fuente!

Mis besos perfumaron el vacío
de un húmedo y mortal escalofrío...
Y bajo tu melena estremecida
en un áureo manojó de serpientes,
sentí sangrar y sucumbir mi vida,
entre el canibalismo de tus dientes.

XI

Con tu obscura mirada desafías!...
Su luz quema los huesos, muerde y besa,
y se nutre como una vampiresa
con la sangre de nuestras agonías...

¡Inquisición de amor!... Y tus sombrías
pupilas, en su fondo, tienen esa
perversidad senil que flota impresa
en los espejos de las mancebías...

En su cristal a mi deseo ofreces
—multiplicados en la estimulante
hibridez de sus formas y sus trazos—
todas las convulsivas desnudeces
de ese monstruo carnal y jadeante
de cuatro piernas y de cuatro brazos.

Ley de Amor

En vano una disculpa el labio ensaya...
Indigno fué mi amor de tu hermosura...
Se estrelló en mi soberbia tu ternura,
cual se estrellan las olas en la playa.

Mas aunque puse a tus caprichos valla,
ningún remordimiento me tortura,
que si agosté la flor de tu ventura
perdí mi corazón en la batalla.

No soy culpable, no!... Con tus rigores
asesinar mi amor, a ti te plugo,
y aplicarte la ley fué mi destino...

Por eso, al recordar nuestros amores,
yo siento repugnancias de verdugo,
y tú, remordimientos de asesino.

Celos

Al saber la verdad de tu perjurio,
loco de celos, penetré en tu cuarto...
Dormías inocente como un ángel,
con los rubios cabellos destrenzados,
enlazadas las manos sobre el pecho
y entreabiertos los labios...

Me aproximé a tu lecho, y de repente
oprimí tu gargantá entre mis manos...
Despertaste... Miráronme tus ojos...

¡Y quedé deslumbrado,
igual que un ciego que de pronto viese
brillar del sol los luminosos rayos!...
Y en vez de estrangularte, con mis besos
volví a cerrar el oro de tus párpados.

Ultra

Cuando llegue el Otoño,
cuando cubran las hojas amarillas
las verdes sendas, que al morir la tarde
cruzamos en amante compañía;
cuando al Africa, huyendo de las nieves,
regresen las alegres golondrinas,
que todas las mañanas te despiertan
en mis brazos dormida,
y se marchiten las postreras rosas,
yo moriré en tu seno, vida mía,
con tu nombre en mis labios y tu imagen
temblando en el cristal de mis pupilas.
¡Todo en abril florecerá de nuevo!
Dará el rosal sus rosas... Tus mejillas
serán jardín de púrpura... En tu reja
volverán a cantar las golondrinas...
¡Mas morirá tu juventud lozana,
rosa que entre la nieve se marchita!
Volverán otras nuevas Primaveras,
y huirán después. Transcurrirán los días,
y tras los años, rodarán los siglos...
De esas montañas, cuya frente altiva
coronada de nubes toca al cielo,
de esas estrellas que en la sombra brillan,
no han de quedar flotando en el vacío
ni siquiera un puñado de cenizas...
¡Mas inmutable como Dios, eterno,
de la creación entera entre las ruinas,
mi amor te aguardará sobre la tumba,
con los brazos en cruz y de rodillas!

Oyendo la lluvia

¡Perfumando la mano que lo hiere,
como un rosal que se deshoja, lento,
en una tarde del otoño al viento,
así mi triste corazón se muere!

Es mi alma sin fe, sin ideales,
tísica que tras una vidriera,
tosiendo sangre, deshojarse espera
con las últimas flores otoñales.

El *Angelus* sollozan las campanas.
Las rosas se deshojan lentamente...

¡Cierra, enferma del pecho, tus ventanas!

¡Esa lluvia que cae temblorosa,
tan callada que apenas si se siente,
quizás mañana mojará tu fosa!

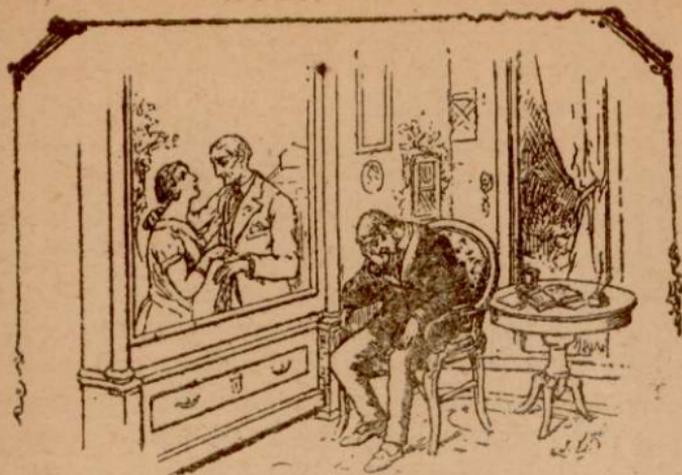
Calvario

Mientras la gente sonriendo pasa,
sentado en la revuelta del camino,
procuro en vano que me apague el vino
la ardiente sed de besos que me abrasa.

Cerrada está la solitaria casa
en donde reposaba el peregrino,
y este recuerdo del cruel destino
como un puñal mi corazón traspasa.

¡No sueñes, no! Cerraron los hogares
sus puertas para ti... No queda una
que se abra piadosa a tus pesares...

Nadie responde a tu doliente queja...
Tu propia sombra, al rayo de la luna,
también parece que de ti se aleja!



El espejo maravilloso

I

Como en la limpidez maravillosa
de un espejo encantado,
en un sueño, de nuevo volví a verte,
con tu túnica astral de lirio y rosa,
caminando a mi lado
por la senda de esfinges de la muerte...

¡Como cuando en la vida, sonreías
al orgullo infantil de mis quiméras,
y a mis labios sedientos ofrecías
el ramo de tus veinte primaveras!...

¡Tus jardines el tiempo ha respetado!...
¡Ni una rosa agostó de tus mejillas,
ni un lirio de tu cuello ha deshojado,
ni la azucena de tu frente humillas,
ni el fuego de tus ojos se ha apagado!...

Y el ensueño, cruzando por la vía
de esfinges de lo arcano,

junto a mi angustia y mi cabello cano
 tu juventud eterna parecía
 la inocencia de Antígona, que guía
 la cieguera de Edipo con su mano!...

II

¡No me conoces ya, no me conoces!...
 Mi mies segaron las celestes hoces,
 y mis cedros los santos leñadores!...

Las blancas manos de los serafines
 dejaron el abril de mis jardines
 sin perfumes, sin pájaros, ni flores!...

¡Mi carne es pudridero de jazmines
 y mi alma panteón de ruisseñores!

Aquellas manos que tú amabas tanto,
 hartas de remover tanta impureza,
 para siempre perdieron su belleza,
 y hoy a mí mismo al verlas me da espanto!...

Aquellos ojos de mirar ardiente
 que abrasaron tu alma con sus fuegos,
 tanto lloraron, que quedaron ciegos!...

¡Todo se lo ha llevado la corriente!...

¡En la ignominia naufragó mi orgullo,
 y en el espanto del vivir me pierdo!...

¡En mí no queda ya ni aun el recuerdo
 de aquel sueño de amores que fué tuyo!...

¡Y cuando vaya a verte,
 la cruzar los umbrales de la muerte,
 llevaré, liberado de las toscas
 impurezas del frágil barro humano,
 el corazón sangrando entre las manos,
 para que al verte en él, me reconozcas!...

La manzanilla

Vino de los amores y la alegría,
fragante de claveles y sol dorado,
que morenas huríes han vendimiado
en las viñas de oro de Andalucía.

Las guitarras te ofrendan su melodía
a la sombra florida del emparrado.
En toneles de besos te han cosechado
y te escancian en vasos de pedrería.

Nuestra carne llamea como claveles
y el alma paraísos de encanto cruza,
que al gustar las fragancias que hay en tus mieles,
parece que bebemos en cada caña,
en los labios de fuego de una andaluza,
todo el oro radiante del sol de España.

Romanza sin palabras

En horas de silencio, una voz desterrada
de la vida, resuena sin cesar en mi oído,
y oyéndola se queda mi corazón dormido,
y el alma en un ensueño de amores encantada.

Es una voz antigua de besos perfumada,
oración sin palabras, música sin sonido,
que repite en mi espíritu, como un eco perdido,
la ternura infinita de aquella voz amada.

Me envuelve en su caricia fugitiva... Bendice
mis quimeras nocturnas. Yo no sé lo que dice...
Sólo sé que de ella mi amor piedad espera...

Que es tan dulce y amante, tan tierna y dolorida,
que la escucho llorando, y, oyéndola quisiera
cerrar eternamente los ojos a la vida.

El viejo mesón

Las ventanas del mesón
al campo dan, y por ellas
se ven brillar las estrellas
y entra la respiración
olorosa del cercano
huerto dormido a la luna.
Hay paz, y acaricia una
mano cálida tu mano.

Hoy la vida te hizo dueño
de cuanto falta te hacía.
Te da amor, vino, alegría.
y un lecho para tu sueño.

Te esperan horas tranquilas.
Sonríen los labios rojos,
y en el fondo de otros ojos
miras temblar tus pupilas.

La juventud tiene una
viva humedad de mirada
sensual... Sueña la luna
sobre la verde enramada.

Florece nuestro deseo
en fragante primavera,
y la escala de Romeo
cuelga de un balcón y espera...

Dos labios están rimando
la leyenda Shespiriana...
¡Sigue, rui señor, cantando,
aunque azule la mañana!

¿Qué me pide? ¿Qué le ruego?
No lo sé... Palabras locas

que con su aliento de fuego
 enrojecen nuestras bocas.

Juventud... ¡Oh novia mía,
 en el lecho nupcial muerta!

Escucha esa melodía
 que a la vida te despierta...

Su voz apaga un piano
 en la soledad dormida...

¡Vuelve, vuelve, blanca mano,
 a resucitar mi vida!

B á q u i c a

A Miguel Sawa

¡Brindad, chocando las doradas copas,
 por la madre común Naturaleza,
 que en los brillantes átomos del vino
 todos los goces de la vida encierra!
 Coronadas de pámpanos las sienas,
 a compás de la alegre pandereta,
 hagamos renacer con su bullicio
 las bacanales de la antigua Grecia.
 En estantes que brillan como el oro,
 colocadas en filas, las botellas,
 a apurar nos invita sus licores,
 que al bañar los cerebros donde llegan,
 hacen surgir paisajes y episodios,
 fragor de luchas y tronar de fiestas.
 Málaga nos dará sus dulces vinos,
 ardiente cual su sol y cual sus hembras,
 que esparcen de sus playas la alegría
 y de sus ricas flores las esencias.

VIPLAESPESA

Sanlúcar su olorosa Manzanilla,
que huele a mejorana y alhucemas;
y nos recuerda zambros y cantares
al son de melancólicas vihuelas;
de la lidia el brillante panorama,
y de Sevilla las iujosas ferias.
Jerez su rico caldo generoso,
dorado como el trigo de sus eras,
que hace soñar con árabes palacios,
rostros morenos y floridas rejas,
donde a la luna pálida, los novios
las impresiones de su amor se cuentan.
También Champaña verterá entre espumas,
su cristalino néctar,
que semeja, al caer sobre las copas,
brillante lluvia de azogadas perlas.
El Rhin hará soñar con cielos grises,
con catedrales que hasta el cielo llegan,
castillos de vetustas tradiciones,
y vírgenes de rubia cabellera.
A través del Falermo, admiraremos
los célebres canales de Venecia,
de Nápoles el golfo transparente
donde el Vesubio su fulgor refleja;
de Roma antigua las sagradas ruinas,
y las joyas y templos de Florencia.
Chipre nos mostrará las verdes islas
que surgen de los mares, cual Nereidas
coronadas de flores, y de Venus
evocará las lujuriosas fiestas...
¡La historia entera de la especie humana,
encerrada se encuentra en las botellas!

El amor es mentira... ¡Es la nostalgia
del alma errante que en lo eterno sueña!...
¿Justicia? ¿Religión?... ¡Monstruos horribles
que el despotismo y la ignorancia engendran!...
¡Vallas donde los débiles se acogen,
porque para luchar no tienen fuerzas!
¿La Gloria?... ¡Anhelos de las almas!... ¡Humo,
que más se pierde cuanto más se eleva!
Hoy sólo la Verdad, como en un trono,
sobre el mundo se sienta,
y en sus fulgores nuestras ansias mueren,
cual mariposas que en la luz se queman.
De mitos despojó las religiones;
de Dios los templos, y en las aras viejas,
sólo como antigualla de Museo,
Cristo clavado en el madero queda.
Los que sentís las náuseas del hastío;
los que dejásteis en la abrupta senda
ensueños e ilusiones, cual corderos
que entre las zarzas, sus vellones dejan;
almas por la desgracia combatidas;
filósofos sin fe; tristes poetas,
cantores del dolor, que en débil cuerpo
arrastráis, como un fardo, el alma muerta;
¡bebed, porque es el vino la alegría!...
¡la única religión que hay en la tierra!
¡El prestará vigor a los sentidos,
y nueva sangre a las exhaustas venas!
¡Brindad por ese coro de hermosuras
de labios de coral y ojos de estrellas,
que entre sus brazos nuestra dicha ahogaron,
como ahoga a los árboles la hiedra!

¡Brindad por ese mundo de injusticias
 que a nuestras plantas, desquiciado rueda!...
 ¡Por el ansia imposible!... ¡Por el vuelo
 que hasta la luz a los insectos lleva!...
 Y cuando entre sus brazos vaporosos
 la embriaguez nos envuelva,
 ¡hundamos un puñal en nuestros pechos,
 para que nunca despertemos de ella!

Hojas secas

El jardín desierto,
 húmedo... Las sendas
 encharcadas... Flotan
 jirones de niebla...
 El parque está solo...
 La fuente se queja;
 y olvidado sobre
 un banco de piedra,
 se deshoja un ramo
 de rosas. La tierra,
 aterida y húmeda,
 parece una muerta
 que en la sepultura
 a pudrirse empieza...
 La vida es fatiga,
 lágrimas, tristezas;
 ojos que se abren
 y ojos que se cierran...
 ¡Con las pobres almas
 lento el viento juega:
 las lleva y las trae
 igual que hojas secas!

Almería

Surges del mar como la Venus griega.
En la falda de un monte reclinada,
semejás odalisca enamorada
que a los delirios de su amor se entrega.

Verde alfombra te da tu fértil vega
de rosas y azahares perfumada,
y como igual que tu mujer no hay nada,
jamás te olvida el que a mirarte llega.

Embriagadora atmósfera respiras;
un cielo siempre azul te da su velo,
y en el espejo de tu mar te miras...

Y eres noble ciudad tan hechicera,
que por tí seducida, de tu suelo
no se aleja jamás la Primavera.

Melancolías

¡Qué triste está el valle!
¡qué lúgubre el cielo!...
De nieves y brumas
se encuentran cubiertos...
No cantan las aves,
no aroman los céfiros...
Tan sólo se escuchan
los silbos del viento,
y el río que brama
en su cauce preso...
Cerca de la cumbre
de aquel alto cerro,

VILLAESPESA

que con su cabeza
tocar finge al cielo,
helados de frío
dos pobres murieron...
¡Mira la vereda! ..
Contempla aquel viejo,
que va, lentamente,
la cuesta subiendo...
Un niño le sigue,
con la nieve haciendo
bolas, que a su empuje
ruedan, dando vuelcos,
hasta hallar la muerte
del río en el seno...
¡Es la Primavera
que va deshaciendo
los rastros de nieve
que dejó el Invierno!...
Dentro de unos días
cesarán los vientos;
el sol, de la nieve,
formará arroyuelos;
brotarán las flores,
y oiremos de nuevo
a las golondrinas
en nuestros aleros...
Mas ¡ay, de nosotros,
que al irse el Invierno,
quizás para siempre
deshechas veremos
las bolas de nieve
de nuestros ensueños!

Claveles rojos

I

¡Por esas sonrisas que son cual cuchillos
que su filo esconden entre los rosales
de tus labios rojos como los corales
en que se desangran tus áureos zarcillos;
por esas miradas que son cual puñales
que entre las tinieblas ocultan sus brillos,
me veré en la Audiencia, cargado de grillos,
sentado al banquillo de los criminales!

Si a prisión me mandan, pediré a mis jueces
que mi cuerpo encierren en las lobregueces
de tus grandes ojos, y si es ley que muera,
por morir esclavo de tu amante yugo,
—¡Ahórcame—en el palo, le diré al verdugo,
con los negros rizos de su cabellera!

II

Ante un crucifijo postrado de hinojos,
mientras las saetas aullaban su canto,
enlutada y pálida, te vieron mis ojos
rezar tus plegarias, en el Jueves Santo.

Sangraba la herida de tus labios rojos;
y sobre tu seno, cruzadas de espanto,
tus manos de nieve eran cual manojos
de místicos lirios bañados en llanto.

Abrazada al leño, triste y lacrimosa,
a Jesús besabas, allí donde abría
la llaga de un clavo su sangrienta rosa...

¡Porque tus piadosos labios me besaran
con la unción que a Cristo, no me importaría
que en su propio leño me crucificaran!

III

Cuando entre tus labios su dolor destila
 el escalofrío de una carcelera,
 yo no sé qué pena baña tu pupila,
 yo no sé qué angustia te estremece fiera,
 que todo tu cuerpo retiembla y vacila,
 como si de pronto sucumbir quisiera
 de dolor, envuelto en la Primavera
 de tu luminoso mantón de Manila.

Yo, oyendo la copla y viendo tu cara,
 oculto en las manos la cabeza para
 ahogar en mis labios mi propio sollozo...

¡Ay, porque presienten mis negros desvelos
 que en tu amor pensando, morderé de celos
 las obscuras rejas de mi calabozo!

IV

Tiende el plenilunio sobre el jazminero
 que en la clara alberca su blanco retrata,
 como una lujosa capa de torero
 de raso celeste bordada de plata.

Tu guitarra rasga el silencio... Un fiero
 resplandor de odio tus ojos dilata,
 y hay en tus sonrisas como un fino acero
 que entre rosas brilla y entre rosas mata.

Igual que una esclava sumisa y sonora
 que siempre realiza tus locos anhelos,
 la guitarra ríe, canta, gime y llora;

y siguiendo el ritmo de tus sueños vanos
 se rompe de angustia y estalla de celos...
 ¡Mi alma es como una guitarra en tus manos!

V

Cuando a los repiques de las castañuelas,
ingrvida y ágil a bailar te lanzas,
diríase que esculpes y en tu ser modelas
todos los lascivos giros de las danzas.

Ya entornas los ojos y te aterciopelas;
ya agitas las trenzas y pálida avanzas...
De tus castidades tiemblan las gacelas,
y rugen los tigres de mis esperanzas.

Aunque entre damascos tu cuerpo aprisiones
y aunque en su pureza tenga tus facciones
de una estatua antigua la celeste calma,

tan profundo y lbrico furor te estremece,
tal ansia te encrespa, que al danzar, parece
que danzas desnuda de cuerpo y de alma.

VI

Entre las macetas de albahaca asomas
la viva y ardiente flor de tus sonrisas;
y como embriagadas por tantos aromas
temblando en tus labios se duermen las brisas.

Cantando entre dientes el espejo tomas
y tu tenebrosa cabellera alisas,
mientras arrullndose, dos blancas palomas
arrastran sus alas sobre las cornisas.

Entre los encajes con que te recamas
se va deshojando una rosa roja,
poco a poco, en lentas lágrimas de llamas...

Y a mis ansias digo, de amargura lleno:
—¡Oh, quién fuera esa flor que se deshoja,
para desangrarse de amor en su seno!

VII

Dí, ¿recuerdas cuando tan juntos vagamos
que de nuestros cuerpos uno solo hicimos,
y en el mismo lecho juntos nos dormimos,
y en la misma copa nuestra sed saciamos?

Vivimos unidos como dos racimos
que enredados cuelgan de los mismos ramos...
A fuerza de besos juntos maduramos,
y en las mismas penas vendimiados fuimos.

Juntas se secaron tu ropa y la mía...
Y hoy, si nos hallamos en la misma vía,
sin que nuestras ropas siquiera se rocen,
pasamos de largo, sin decirnos nada,
sin una sonrisa, sin una mirada,
como dos extraños que no se conocen.

VIII

En el rojo fondo del mantón de seda
que en sus llamaradas envuelve el tesoro
de ese cuerpo donde mi ilusión se enreda
y cuyas piedades sollozante imploro,
arde y se consume toda una arboleda
de irisados pájaros y rosas de oro...

Atada a sus flecos mi vida se queda,
y en cada uno de ellos mi tristezas lloro...
¡Ay, que me amortajen cuando yo sucumba
con tu luminoso mantón de la China,
porque así a lo menos llevaré a la tumba,
para recordarte en mi eterna pena,
ese olor a albahaca, nardo y clavellina
que al danzar exhala tu carne morena!

Tu reja

Cubierta de flores
tu reja aún se halla;
y a través del encaje que forma
el jazmín que a sus hierros se enlaza,
tus pupilas, a veces, contemplo
fulgurar entre flores de plata,
como dos mariposas azules
que aletean detrás de las ramas....
¡Quién pudiera acercarse a sus hierros
cuando extiende la noche sus alas,
y a la luz de la Luna que alumbra
la vetusta quietud de la plaza,
repetirte las viejas canciones
que en horas de ensueños temblando escuchabas,
palpitante el seno
y fija en mis ojos tu ardiente mirada,
con la misma atención con que oías
de tu madre sentada en la falda
esos cuentos de amor con que duerme
la vejez bondadosa a la infancia!...
Una noche, al ponerse la Luna
y en sombras envuelta quedar tu ventana,
ante el Cristo de oro que cuelga
del collar que ciñe tu ebúrnea garganta,
juramos amarnos en tanto tuviesen
sangre nuestras venas y fe nuestras almas,
por la eterna y bendita memoria
de aquellas dos santas
que del cementerio, bajo el duro mármol,
como en lecho de flores descansan...

¿Qué se hicieron de aquellas promesas?...
¿Dónde fueron aquellas palabras
que llevaban en sí la armonía
del jilguero que trina en las parras,
de la brisa que agita las flores
y del mar cuando besa las playas?
¡Ya de aquellos amores no quedan
ni la nivea éstela que deja la barca;
ni el rastro de oro que finge en el cielo
el ave que cruza, la nube que pasa!...
Fué un delirio de amor que envidiosas
disiparon las luces del alba...
¡Blanca espuma que el viento deshizo!...
¡Un copo de nieve que el sol trocó en agua!...
¡Oh, reja moruna,
que aún cubierta de flores te hallas!...
¡Cuántas veces, echado en tus hierros,
sorprendióme la alegre alborada,
teniendo en mis manos temblando las tuyas,
y junto a mis labios sus labios de llamas!...
¡Oh, reja bendita,
no puedo olvidarte!... ¡Te llevo en el alma;
pues en ti de mi vida han pasado
las horas más gratas;
y a través del encaje que forma
el jazmín que a tus hierros se enlaza,
sus pupilas, a veces, contemplo
fulgurar entre flores de plata,
como dos mariposas azules
que aletean detrás de las ramas!...



Alma española

I

Bajo los soportales de esta plaza
—ha tres siglos—hubiera paseado
con la altivez hidalga de mi raza
mis fanfarronerías de soldado.

Chambergó con cintillo de esmeralda,
levantando la capa la tizona;
la melena flotante por la espalda
y los mostachos a la borgoñona.

De mi patria y mi Dios noble cruzado,
tomar una galera o un castillo,
y haber dado que hablar mucho a la Fama.

Y caer con el pecho atravesado
a la medrosa luz de un farolillo
bajo las celosías de mi dama.

II

Tener un nombre que sonase a hierro:
don César, don Rodrigo o don Fernando,
y un escudero dócil como un perro,
que fuese mis hazañas relatando.

Ser héroe de nocturnas cuchilladas,
capitán de los tercios más temidos;
ensueño de doncellas y casadas
y desvelo de padres y maridos.

Pasar, después, las horas silenciosas
entregado a las prácticas piadosas,
y al llegar de la Muerte a los confines

legar al primogénito mi espada
herrumbrosa de orín y algo mellada
de degollar herejes y muslines.

III

Entre aventuras y entre desafíos
atravesar de Italia las regiones;
en el puño y el alma muchos bríos
y la escarcela llena de doblones.

Gastar sin tasa y derrochar con lujo,
y matar más franceses en Pavía
que mujeres itálicas, sedujo
mi española y galante bizzaría.

Y jugar, en nocturno campamento,
sobre un tambor, mientras recorre el viento
el alerta tenaz del centinela,
a la luz de una hoguera ensangrentada,
el último doblón de la escarcela
y hasta el puño de oro de mi espada.

IV

Desde Italia, tras épicos trabajos,
llegar altivo de mi tercio al frente
a una ciudad de los Países Bajos,
suelta la enseña y a tambor batiente.

Cruzar las landas con el agua al cuello
bajo los fuegos de los arcabuces,
y pasar viejos burgos a degüello
entre un tumulto de sangrientas luces.

Y conducir herejes a la hoguera,
y mientras se retuercen en la llama
y el pavor de las turbas se apodera,
a hurtadillas dejar algún sonoro
beso en los frescos labios de una dama
de pupilas de azul y bucles de oro.

V

Lanzarme al mar sobre veloz galera
tripulada por viejos lobos, llenos
de amor de Dios, cuyo renombre fuera
terror de ingleses y de sarracenos.

Y sobre un mar de hirviente pedrería
abordar, a la luz de la mañana,
entre el estruendo de la artillería
de los turcos, la nave capitana.

Hundir mi hacha en el primer turbante,
y en tanto que quedase un tripulante
herir sin treguas y matar con saña,

Y entre el sangriento estruendo del asalto,
izar al sol en el mastil más alto
la cruz de Cristo y el pendón de España.

VI

Desplegadas las velas luminosas
entre las pompas de oriental boato,
arribar a las playas fabulosas
de algún nuevo y remoto virreinato.

Y enloquecido por la sed del oro,
achicharrar del ídolo ante el ara
los pies descalzos de un cacique, para
descubrir el lugar de su tesoro.

Y abandonar las islas tan lejanas
con la cabeza ya llena de canas;
y arribar a las costas españolas
en la puente de rápida galera,
tan cargada de oro que trajera
la escotilla rasando con las olas.

VII

Avivar con mis manos los tizones
del hogar, y a mis hijos, en mi tierra,
entre pausas de asma y de oraciones,
narrar lances de amor, fortuna y guerra.

Tirso mis aventuras rimaría,
y en el fondo espectral de su locura,
con la mano en el pecho, el Greco habría
copiado la altivez de mi figura.

Todas las tardes a la iglesia iría
para ahogar mis pecados en la eterna
católica piedad que a Cristo loa,
y ya noche a mi casa tornaría,
arrastrando el reuma de mi pierna,
igual que el buen don Lope Figueroa.

VIII

Y ya, casi al final de la existencia,
hacer de todo afán renunciamiento,
y para oír la voz de la conciencia
encerrarme en la celda de un convento.

Esperar sin dolor la hora postrera,
sin que nada a la vida nos despierte,
entre las tibias y la calavera
que nos hablan de Dios y de la Muerte.

Y sin miedos, ya en paz con la conciencia,
abandonar la mísera existencia
para entregar, tras angustiosa lucha,
el alma a Dios y el cuerpo a los gusanos,
calada sobre el rostro la capucha
y con un crucifijo entre las manos.

IX

ENVÍO

Para adornar tu palidez de luna
y ceñir tus cabellos ondulantes,
te ofrezco estos poemas como una
corona de oro ornada de diamantes.

Y sobre cada lírica faceta,
para halagar tu juventud florida,
ha miniado el buril de tu poeta
las ansias más intensas de su vida.

Yo nací con tres siglos de retraso:
amo el justillo y el jubón de raso,
el chambergo de plumas y la espada,
y es el mayor pesar de mi agonía
vivir en este siglo sin poesía,
ciego de fe..., mas sin creer en nada.

Elegía de ensueño

Como murieron sus hermanos,
mi último sueño va a espirar,
y sólo pide que tus manos
vengan sus ojos a cerrar.

Verlo tan débil y tan niño
a todos causa compasión.
Dicen que muere de cariño...
De mal de mucho corazón.

Al escucharle, en su agonía
tu santo nombre pronunciar,
siento una gran melancolía
y un ansia inmensa de llorar...

¡Llorar sin término, el quebranto
que su dolor me hace sufrir,
hasta sentir deshecho en llanto
mi corazón también morir!

Como una herida golondrina,
como una enferma y mustia flor
que lentamente el tallo inclina,
lejos de ti, muere de amor.

¿Cuándo la blanca serenata
que te entonaba su laúd,
bajo la luna, toda plata,
oirá al balcón tu juventud?

¿Quién en las tardes silenciosas
saldrá contigo a meditar,
y en el jardín de frescas rosas
sabrás tus sienes coronar?

¿Quién la palabra de consuelo
te dirá en horas de dolor,



y entre sus brazos, hasta el cielo,
te alzaré en alas de su amor?

Como dos padres sin fortuna,
iremos juntos a llorar
a este hijo nuestro que en la cuna
sus tristes ojos va a cerrar.

Verlo tan débil y tan niño
a todos causa compasión...
Dicen que muere de cariño...
De mal de mucho corazón.

Nocturno

Blanqueando, a veces en la enramada,
la casa es una
tumba olvidada
que resplandece bajo la luna.

Los aposentos siempre cerrados,
tienen un aire de sepultura...
De noche el eco sólo murmura
rumor de rezos amortiguados...

Por los salones vaga el espanto...
La gente cruza lenta, enlutada,
los rostros pálidos, sin hablar nada,
los tristes ojos llenos de llanto.

Reina el silencio grave y profundo...
Dolor avaro que nada espera,
cual si la vieja casa quisiera
sus mudas penas aislar del mundo.

A la esperanza y a la alegría
ya para siempre cerró su puerta...
¡Bajo la tierra se pudre, muerta,
la blanca mano que la abriría!

Estudiantina que hablas de amores
bajo mis rejas, ligera pasa...
No cruces nunca por esta casa...
¡Déjame a solas con mis dolores!
En tus cantares late la vida...
No le recuerdes al alma triste
que allá, en el mundo, la dicha existe,
y hasta el más santo dolor se olvida...
Blanqueando, a veces, en la enramada,
la casa es una
tumba olvidada
que resplandece bajo la luna.

Canción de juventud

—Es la hora de cantar...
¡Alégrate, corazón,
y consuela tu pesar
con la más dulce canción!
Canta el dolor de tus penas
y el gesto de tu desdén...
¡A compás de sus cadenas
el preso canta también!
¿Qué importa que los dolores
mustien tus sueños en flor?
¡Se ciega a los ruiseñores
para que canten mejor!
Goza la paz del momento;
las rosas pronto se van,
y si hoy no aspiras su aliento
mañana se secarán!
Muerde la fruta madura,
corta las rosas en flor...

Menos que las rosas dura
 la Juventud y el Amor.
 Olvida cuanto has pasado...
 ¡Alégrate, corazón!
 Canta tu canto... ¡Ha llegado
 el tiempo de tu canción!—
 Así cantando, al sonoro
 compás del viejo laúd,
 en su góndola de oro
 pasó nuestra Juventud;
 y al escuchar sus canciones
 fugaces, más de una tez
 tras los góticos balcones
 se cubrió de palidez...

Soledad

La luz verde, al filtrarse
 por la persiana abierta,
 daba al salón un húmedo
 reflejo de caverna.
 Yo sólo...

Sonreía
 a una esperanza vieja
 que siempre en la penumbra
 de algún rincón me acecha
 para brindarme el fruto
 de alguna dicha nueva...
 Y le dije a la sombra:
 —¿Por qué lejos? Acerca
 tus labios a mi oído,
 y háblame, bajo, de ella...

¡Tan bajo que ni el viento
averiguarlo pueda! —
En la estancia vecina
despertaron las teclas;
y su doliente música
me evocó la tristeza
de los niños que lloran
por coger una estrella!...

Desaliento

El nido del amor está vacío;
las flores, una a una, se secaron;
mis ilusiones últimas pasaron
como las ondas de agitado río...

En las luchas sociales nada ansío,
pues que todo es inútil me enseñaron
mis sueños, que a la luz se evaporaron,
como al sol evapórase el rocío...

Puede la planta que el invierno helara
brotar, si a tiempo Primavera viene;
mas, la que en pleno mayo se secara,
¿cuándo volver a retoñar espera?...
¡Tu mal, remedio, corazón, no tiene!...
¡Te secaron en plena Primavera!...

Jaramagos

I

Ni una cruz en mi fosa!... En el olvido
del viejo camposanto,
donde no tengo ni un amigo muerto,
bajo la tierra gris, sueñan mis labios;

y de sus sueños silenciosos, brotan
 amarillos y tristes jaramagos!
 Si alguna vez hasta mi tumba llegas,
 lleva esas pobres flores a tus labios...
 ¡Respirarás mi alma!... ¡Son los besos
 que yo soñaba darte, y no te he dado!

II

Alguna noche llamaré a tus puertas,
 e inmóvil quedarás cuando las abras,
 al verme entrar más pálido que un muerto,
 con la lívida faz ensangrentada...
 Y huirás de mí... Y tornaré de nuevo
 a perderme en las sombras de la Nada,
 sin decirte mis labios, en un beso,
 todo cuanto en la vida te callaran.

III

¡Ya pronto moriré! Tiembla en mi pecho
 como agónica lámpara la vida.
 Cuando mi cuerpo rígido se hiele
 y se vidrie el cristal de mis pupilas,
 cubre mi rostro con aquel pañuelo,
 blanco sudario de pasadas dichas,
 que enjugó tantas veces nuestras lágrimas
 en la noche fatal de mi partida.
 En el verde sendero que sombrean
 acacias y magnolias florecidas,
 bajo el doliente sauce solitario,
 donde a alegrar mi corazón venías,
 cava una tumba; y planta sobre ella,

entrelazado con su cruz bendita,
aquel rosal de cálices de nieve
que perfumó nuestras nocturnas citas.

IV

Al partir, ¡con qué tristeza
nuestros ojos se miraron!...
Un beso estalló en tu boca;
un beso brotó en mis labios...
Tendieron el vuelo juntos,
y en el aire se encontraron...
Volaban las golondrinas
en la gloria del ocaso;
y en un suspiro de amores,
sobre la quietud del lago,
dos cisnes agonizaban
con los cuellos enlazados.

V

Por la carretera arriba,
toda vestida de blanco,
con una cruz sobre el pecho
y una palma entre las manos,
se llevaron a mi novia,
camino del camposanto.
Sobre su tumba olvidada
negra cruz abre los brazos;
¡negra cruz que de encendidas
campanillas viste mayo!...
Cuando mis viejos amores
me llevan al camposanto,

llenos los ojos de lágrimas,
 a la negra cruz me abrazo,
 y lloro las oraciones
 que en mi niñez me enseñaron...
 ¡Bendita, bendita seas,
 negra cruz del camposanto!

VI

En el claro y transparente
 cristal de la vieja copa,
 escancia un vino de ensueño
 una mano misteriosa,
 y se lo ofrece al poeta,
 que solitario, en la sombra,
 con la frente entre las manos,
 un amor sin nombre llora.
 El vino tiene el olvido
 de esa santa flor exótica
 que abre sus hojas de nieve
 sobre el oro de las ondas
 que reflejan los inmóviles
 palmares de las pagodas...
 Las vírgenes que de noche
 su labio en el vino mojan,
 despiertan más pensativas,
 más pálidas y ojerosas...
 Y el poeta que lo bebe,
 canta piadosas estrofas
 de esperanza y de consuelo...
 ¡Blanca mano misteriosa,
 acerca a los labios míos
 el olvido de tu copa!

VII

La luna es el rostro lívido
de una virgen; las estrellas
son los cirios que iluminan
las funerarias tinieblas,
y el cielo la azul mortaja
en que se envuelve la muerta.
¡La luz de la Luna finge
cuando moribunda tiembla,
la mirada de unos ojos
que para siempre se cierran!...

VIII

Las manos que me acaricien
y los labios que me besen,
quiero que tengan el fuego
devorador de la fiebre,
la vaguedad de la Luna,
y las tristes palideces
de las manos y los labios
inmóviles de la Muerte...
¡Párpados que yo besé
se cerraron para siempre!...
Ojos que nunca he besado
¡pedid a Dios que no os bese!

IX

El sol es de brasas
y el aire de fuego...

Ráfagas de asfixia respira la tierra,
 como un horno ardiendo...
 No se escucha un pájaro;
 no se siente un eco...
 Se cierran los ojos... El campo desnudo
 parece un desierto.
 Fuentecita clara,
 ¡dame de tus aguas, que de sed me muero!...
 ¡Sé para mis labios igual que la lluvia
 para el campo seco!...
 ¡Que Dios te bendiga!...
 ¡Que siempre a tu espejo
 se asomen a verse, las más rutilantes
 estrellas del cielo,
 porque con la plata de tus frescas aguas
 apagaste la sed del viajero!

X

Como todo, un libro
 la vida retrata...
 Nace, vive y muere... Puede decir mucho
 y no decir nada...
 Como todos, éste
 para nadie y para
 todos, está escrito...
 Pero a mí me basta
 con que lo comenten tus negras pupilas
 con la santa piedad de una lágrima.
 Como todo, es sólo
 ráfaga de polvo que en el viento pasa...
 ¡Tal vez lleve alguna sangre de mis venas!...
 ¡Tal vez lleve algunos jirones del alma!

Acuarela

Música de violines
lejanos. En el viento
un perfume de rosas
marchitas. En el cielo
sombras de golondrinas
que se alejan...

Un sueño
de Otoño: un viejo parque
con árboles muy viejos,
y sobre el claro lago
un joven gondolero
que una canción de amores
canta al compás del remo,
mientras arde en las ondas
el sol como un incendio...

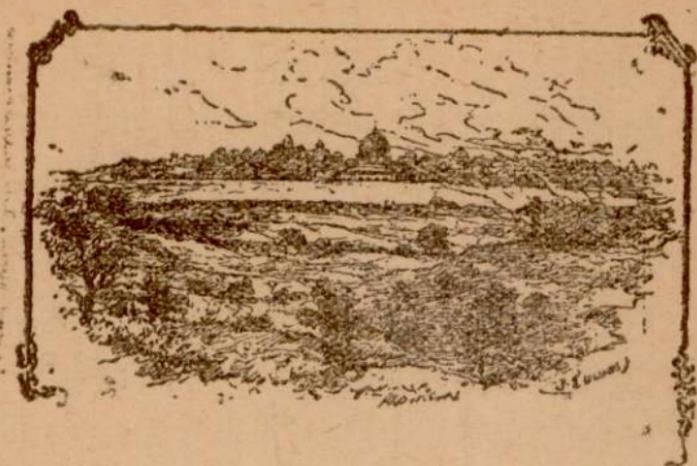
La primera espina

La hermosa niña enrojeció un instante
al ver deshecha su ilusión primera,
y en un arranque de soberbia fiera,
rasgó las cartas del ingrato amante.

Trémulo el pecho y pálido el semblante,
las arrojó a las llamas de la hoguera,
y tranquila quedó, cual si sintiera
a su amor propio renacer triunfante.

Mas viendo arder las cartas, su quebranto
se fué trocando en amoroso exceso,
y a sus pupilas agolpóse el llanto...

Y otra vez presa de pasión tirana,
recogió las cenizas, les dió un beso...
¡y al aire las echó por la ventana!



Jerusalén

En medio de las tórridas colinas desoladas
humea, al mediodía, de fiebre la ciudad.
Sube un olor de flores y de rosas quemadas
desde la tierra, símbolo de la esterilidad.

Fulgen los azulejos de un blanco santuario
a través de una trágica polvareda de luz;
y graznando, los cuervos vuelan sobre el Calvario,
donde parece erguirse la sombra de la Cruz.

Fulgurante entre llamas, la gran Ciudad Maldita,
nos invoca la imagen de la infiel favorita
que envuelta entre sus velos de púrpuras y oros,
en castigo de un crimen sacrílego, un Emir
celoso, en compañía de todos sus tesoros,
en una inmensa pira, la condenó a morir!

Intermezzo

En tu vida hay paréntesis: tiene fugas ligeras
hacia otras regiones más puras y tranquilas,

cuando al sonar la música se duerman tus pupilas
para soñar remotas e imposibles quimeras.

¡Todo desaparece! Sólo queda tu mano,
a cuyos tenues besos las teclas, de repente
estallan en sollozos, tan dolorosamente,
cual si fuese tu propio corazón el piano.

El alma ya no es alma... Es música, poesía...
Vive en un solo instante cien vidas... Canta y ora,
y cuando desfallece la dulce melodía,

y se disipa el humo de tu última quimera,
en el silencio el alma suspira, gime y llora,
al sentirse en la carne de nuevo prisionera.

Horas fugaces

I

En las fiestas de un momento
se durmió mi pensamiento
en tus brazos, vida mía...

¡En las fiestas de un momento
perdí toda mi alegría!

Juventud, ¿dónde te has ido?
¿En qué lecho te has dormido
que mi voz no te despierta?

Juventud, ¿dónde te has ido,
en qué tumba yaces muerta?

Incansable pasajero,
a la vuelta de un sendero
unos ojos brillar viste...

Incansable pasajero,
¿por qué el paso detuviste?

El encanto de un momento
 embriagó tu pensamiento
 y quedaste adormecido...
 ¡El encanto de un momento
 para siempre te ha perdido!

II

Un perfume melancólico
 de amores deshoja el viento.
 Rosas de fuego que sangran
 entre la nieve de un seno;
 ojos cerrados al mundo
 y sólo para mí abiertos;
 labios que esperan temblando
 la iniciación de mis besos,
 manos blancas que me llaman
 agitando su pañuelo...
 ¡Muy pronto iré! Tan callados
 serán mis pasos, tan quedos,
 que no los oirá el Arcángel
 vigilante de tu sueño...
 El mar azul... La latina
 vela tendida a los vientos;
 y el resplandor de la lámpara
 en la paz del aposento;
 y tus ojos en mis ojos,
 y tus besos en mis besos;
 mis brazos a tu cintura
 y tus brazos a mi cuello...
 ¡Y todo como soñado
 en el fondo de un espejo!

Ensueño de una mañana de Primavera

El sol al paisaje
baña en luz dorada...
Y su luz de encaje,
tibia y perfumada,
lentamente dora
la pálida frente,
las trenzas sedosas,
de una soñadora
que de un floreciente
rosal, corta rosas.
Al cogerlas, canta
baladas de amores...
Hay en su garganta
voz de ruiñeños.
Tiene la pupila
aun más transparente
que el agua tranquila
de la clara fuente.
Y su mano leve
entre las pomposas
flores, es de nieve
con sangre de rosas.
¿Qué dolor aqueja
su voz angustiada?
Una pena vieja,
de vieja, olvidada.
— Mi amante ha llegado...
¡Sostenedme, flores,
que al ver a mi amado
me muero de amores!—

¡Oh, voz hechicera!
¿En dónde te he oído?...
Fué un sueño florido
de la Primavera.

Invernal

La luna de enero
el valle amortaja
en su tembloroso
sudario de plata.

Los árboles... Todo
parece que calla
oyendo la eterna
música del agua
que, voz de la tierra,
sus amores canta.

Es noche de encantos...
Hasta las estatuas
del parque parece
que en silencio hablan.

El paisaje espera
no sé qué... Y el alma,
en tierra el oído,
parece que aguarda
oír en el silencio
las leves pisadas
de un sueño imposible
que viene a alegrarla.

La luna de enero
el parque amortaja
en su tembloroso
sudario de plata.

Nocturno de ciudad

Las calles están húmedas. Las nieblas emborronan los viejos edificios. Sólo brillan, a trechos, los temblores de alguna luz tras empañados vidrios, evccando interiores familiares: tertulias del hogar; rostros de niños que, sonrientes, en la tibia falda de la madre que cose, se han dormido; moribundos que cierran para siempre los turbios ojos que a la muerte han visto; amantes que esperando sus amores alzan con mano trémula el visillo; pálidas frentes de encrespadas greñas que luchan por dar forma a sus delirios... Todo lo que la lámpara ilumina con sus vagos reflejos pensativos. Aúlla un perro. En el quicio de una puerta los amantes se besan, escondidos; y las manos voraces se acarician bajo los mantos, con temblor lascivo. Las linternas de un raudo carruaje relucen en el negro laberinto de las calles desiertas. Una música metálica, de sonos de organillo, entona melancólica, a lo lejos, canallescas canciones. En el frío atrio del templo extienden, suplicantes, sus manos pegajosas los mendigos. Torvas sombras acechan nuestros pasos, tras la esquina. Se apagan los sonidos

de la macabra música en la noche,
 mientras las hijas pálidas del vicio,
 surgiendo de los negros soportales,
 de algún viejo farol al turbio brillo,
 nos retienen risueñas, y nos hablan
 con equívocas frases al oído...

Noche de estío

Es la noche serena
 de luna... Allá en el cielo
 brillan como pupilas
 lejanas, los luceros.

Hay algo sobrehumano
 en la brisa, en el viento;
 algo que sobre el mundo
 alza los pensamientos,
 y obliga a las pupilas
 a elevarse hasta el cielo...

Mi corazón cansado
 vuelve a latir de nuevo...
 A mis labios acuden
 palabras que son besos,
 y los brazos se tienden
 para abrazar un sueño...

Son lejanas memorias...,
 nostalgias y deseos
 de algo que ha sido mío
 y no volverá a serlo...

Es la noche serena
 de luna... Allá en el cielo
 brillan como pupilas
 lejanas, los luceros...

El poema de la carne

Tú serás la Sulammita
y yo seré Salomón...
Mi sed de amor infinita
saciaré en tu corazón.
De la aurora a los fulgores
a buscarte al huerto iré,
persiguiendo entre las flores
las señales de tu pie.
Un olor a Primavera
entibia el aire. Te espera
temblando mi corazón...
Es la hora de la cita...
¿Por qué niegas, Sulammita,
tus besos a Salomón?

II

Cuando me dices: —¡Soy tuya!—
Tu voz es miel y es aroma;
es igual que una paloma
torcaz que a su macho arrulla.
Sobre mi mano dormida
de tu nuca siento el peso,
mientras te sorbo, en un beso,
todo el fuego de la vida.
Cuando ciega y suspirante
tu cuerpo recorre una
convulsión agonizante,
adquiere tu faz inerte
bajo el blancor de la luna
la palidez de la Muerte.



III

Nuestra cámara envenena
un perfume sensual
de nardo y carne morena...
La lámpara de cristal
el último soplo espera;
y junto al blanco ajimez,
sobre una piel de pantera,
florece tu desnudez.
Sediento de besos veo
temblar tus carnes morenas;
y la fiebre del Deseo
esculpe como a cincel
el relieve de tus venas
sobre el bronce de tu pie.

IV

Ya, sin poder hablar apenas,
con turbios ojos seguí el
curso azuloso de tus venas
bajo las sedas de la piel.
Tu desnudez palidecía
bajo el ardor de mi mirar;
tu labio inmóvil no podía
ni sonreír ni suspirar.
Por los calados ajimeces
doró la luna los despojos
de tus mortales palideces...
Y a su reflejo sideral,
vi florecer claveles rojos
sobre mi tálamo nupcial.

V

Las claras lunas de Oriente
vieron a mi dromedario
el paisaje solitario
atravesar lentamente.
Y aprendieron los leones
de los rojos arenales
tu nombre, en las sensuales
nostalgias de mis canciones.
¡Hoja de menta en la boca
en horas de sed!... Evoca
la frescura de una fuente
en la arena... El corazón
lo repite lentamente
como una santa oración.

VI

En las salas del Tetrarca
el ritmo lento y sonoro
de las ajorcas de oro
tu paso musical marca.
Tu gesto es una conquista,
y si danzas, Salomé,
la cabeza del Bautista
sangrará bajo tu pie.
Tu amor la Luna pregoná,
pues te vió, virgen leona,
rugir ciega de pasión,
refregándote en el hierro
de las rejas del encierro
de Juan, el casto león.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
A Francisco Villasespa, gran poeta siempre.	5	Báquica	41
Carmen	7	Hojas secas	41
La canción de las hojas	14	Almería	45
Serenata a la juventud	15	Melancolias	45
El barrio de Triana	17	Claveles rojos	47
La canción del recuerdo	17	Tu reja	51
Elegía de la juventud	18	Alma española	53
Ritornelos	19	Elegía de casueño	53
La leyenda de los lirios	22	Nocturno	59
Melancolias de otoño	23	Canción de juventud	60
Los ojos muertos	27	Soledad	61
Horas grises	27	Desaliento	62
En el templo del vicio	28	Jaramagos	62
Ley de Amor	34	Acuarela	63
Celos	34	La primera espina	63
Ultra	35	Jerusalén	69
Oyendo la lluvia	36	Intermezzo	69
Calvario	36	Horas fugaces	70
El espejo maravilloso	37	Ensueño de una mañana de Primavera	72
La manzanilla	39	Invernal	73
Romanza sin palabras	39	Nocturno de ciudad	74
El viejo mesón	40	Noche de estío	75
		El poema de la carne	76

L. 300
1.20

LOS POETAS

- AN
- ALM
SEU
- P1
- LE1

Se publica quincenalmente, ofreciéndose en cada número lo verdaderamente selecto de la producción de los mejores y más renombrados poetas, especialmente de España y la América de nuestra estirpe.

Los tomos irán avalorados con prólogos que expresamente escribirán para LOS POETAS los más ilustres literatos.

Cubiertas en tricolor e ilustraciones de los más reputados artistas.

Presentación excelentísima.

En el próximo número de LOS POETAS, que aparecerá el día 18 del mes actual, se publicarán los más inspirados *Pequeños poemas — El tren expreso*, entre otros—, del inmortal

CAMPOAMOR

con una bella portada, en tricolor, de Varela de Seijas e ilustraciones de Pedraza Ostos y Cuevas. El tomo irá avalorado con un prólogo de CONCHA ESPINA.

TOMOS PUBLICADOS

Núm. 1.—CAMPOAMOR. (Doloras.)

Núm. 2.—ESPRONCEDA. (Poesías varias.)

Núm. 3.—QUEVEDO. (Poesías varias.)

Precio de cada ejemplar atrasado: **50 céntimos.**

Solicite en todas las librerías y expendedorías de periódicos LOS POETAS.

Precio: 50 céntimos

Administración: Valverde, 44. Madrid

